

Introducción

El orden internacional en transición

Reflexiones desde las II Jornadas Geopolíticas del Instituto Español de Estudios Estratégicos

GB. Víctor Bados Nieto, Director

Las II Jornadas Geopolíticas del Instituto Español de Estudios Estratégicos, celebradas en el Real Sitio de La Granja de San Ildefonso entre los días 26 y 28 de mayo de 2026, tuvieron lugar en un momento singular de la historia internacional. Más allá de la sucesión de acontecimientos que ocupan diariamente los titulares de prensa, las Jornadas permitieron constatar la existencia de una transformación mucho más profunda: la progresiva transición desde un orden internacional construido sobre la globalización, la interdependencia económica y el predominio de las instituciones multilaterales hacia un escenario caracterizado por la competencia estratégica entre grandes potencias, la fragmentación geopolítica y la creciente centralidad del poder en todas sus manifestaciones.

Durante las tres décadas posteriores al final de la Guerra Fría predominó la percepción de que la extensión del comercio internacional, la consolidación de las organizaciones multilaterales y la creciente integración económica terminarían por reducir progresivamente la importancia de la geopolítica clásica. La expansión de los mercados, el desarrollo tecnológico y la interdependencia global parecían anunciar una etapa histórica en la que los conflictos entre grandes potencias serían cada vez menos probables y en la que las disputas internacionales podrían gestionarse mediante mecanismos institucionales y normativos.

Sin embargo, los acontecimientos de los últimos años han cuestionado profundamente esas premisas. La invasión rusa de Ucrania, la rivalidad entre Estados Unidos y China, la persistente inestabilidad de Oriente Medio, la crisis del Mar Rojo, la proliferación de conflictos híbridos, la instrumentalización de la energía y de las cadenas de suministro, así como la creciente competición tecnológica e industrial, han puesto de manifiesto que la lógica del poder continúa siendo un elemento estructural de las relaciones internacionales.

Las jornadas celebradas en La Granja constituyeron, precisamente, un ejercicio colectivo de reflexión sobre esta nueva realidad. A lo largo de seis

mesas de trabajo y múltiples intervenciones, expertos procedentes de la academia, la diplomacia, las Fuerzas Armadas, la empresa, los centros de pensamiento y las instituciones públicas analizaron distintas manifestaciones de un mismo fenómeno: la transformación del sistema internacional y las implicaciones que tiene para las sociedades democráticas, para Europa y para España.



Una primera conclusión emerge con claridad de los debates desarrollados: la geopolítica ha regresado al centro de la agenda internacional. Quizá nunca desapareció por completo, pero durante años quedó parcialmente eclipsada por la confianza en que la globalización económica y la interdependencia actuarían como mecanismos de moderación de la competencia entre Estados. Hoy resulta evidente que esa expectativa fue, cuando menos, excesivamente optimista. La guerra ha vuelto a Europa. La coerción económica se ha convertido en una herramienta habitual de política exterior. Las materias primas críticas, los corredores logísticos y las infraestructuras estratégicas han adquirido una relevancia creciente. Los espacios marítimos, los dominios cibernéticos y las cadenas tecnológicas se han transformado en escenarios fundamentales de la competición internacional.

En este contexto, la noción misma de seguridad ha experimentado una profunda ampliación. La seguridad ya no puede entenderse exclusivamente desde una perspectiva militar. Las discusiones desarrolladas durante las jornadas pusieron de manifiesto que cuestiones como la energía, la resiliencia industrial, la seguridad tecnológica, el acceso a recursos críticos, la protec-

ción de infraestructuras estratégicas o la estabilidad de las cadenas globales de suministro forman parte inseparable de cualquier análisis estratégico riguroso.

La energía constituye probablemente uno de los mejores ejemplos de esta transformación. La transición energética, concebida inicialmente como una respuesta al desafío climático, se ha convertido también en una cuestión de soberanía, competitividad y poder. La guerra de Ucrania evidenció las vulnerabilidades derivadas de determinadas dependencias energéticas. Las tensiones en Oriente Medio han recordado la importancia de los grandes corredores marítimos para el suministro global. La competencia por minerales críticos indispensables para las nuevas tecnologías ha incorporado una nueva dimensión geopolítica a la transición ecológica. En consecuencia, las políticas energéticas y de seguridad aparecen hoy más estrechamente vinculadas que en cualquier otro momento reciente.

Una reflexión similar puede realizarse respecto al ámbito marítimo. Los océanos han recuperado una centralidad estratégica que durante años pareció diluirse bajo la aparente normalidad de la globalización. El control de las rutas marítimas, la protección de los cables submarinos, la seguridad de los estrechos estratégicos y la creciente relevancia del Ártico configuran una nueva geopolítica marítima cuya importancia resulta difícil exagerar. Desde Malaca hasta Ormuz, desde Bab el-Mandeb hasta Gibraltar, los puntos de estrangulamiento marítimos vuelven a desempeñar un papel determinante en la estabilidad económica y estratégica global.

La transformación del entorno internacional también está modificando profundamente la relación entre economía, tecnología y defensa. Durante décadas, Europa pudo beneficiarse de un contexto relativamente estable que permitía priorizar la integración económica y el bienestar social. Sin embargo, la evolución reciente del escenario internacional ha puesto de manifiesto la necesidad de reforzar las capacidades industriales y tecnológicas vinculadas a la seguridad y la defensa. La industria de defensa ha dejado de ser percibida exclusivamente como un sector especializado para convertirse en un elemento esencial de la autonomía tecnológica, la resiliencia económica y la capacidad de actuación estratégica.

En este sentido, las jornadas reflejaron igualmente un intenso debate sobre el futuro de Europa y del vínculo transatlántico. La cuestión ya no consiste únicamente en determinar el grado de compromiso estadounidense con la seguridad europea, sino también en analizar la capacidad de Europa para asumir mayores responsabilidades en materia de defensa y seguridad. La

autonomía estratégica europea no fue presentada como una alternativa a la Alianza Atlántica, sino como una condición necesaria para fortalecerla. Una Europa más capaz, más integrada y más resiliente constituye también un socio más sólido para la comunidad euroatlántica.

No obstante, el debate europeo trasciende la dimensión estrictamente militar. Las intervenciones pusieron de manifiesto las dificultades que todavía afronta la Unión Europea para traducir su peso económico en influencia estratégica. Las limitaciones institucionales, las diferencias entre los Estados miembros y la persistencia de enfoques nacionales divergentes continúan condicionando la capacidad europea para actuar de manera coherente en un entorno internacional crecientemente competitivo. Al mismo tiempo, la creciente presión externa actúa como un poderoso incentivo para avanzar hacia formas más ambiciosas de cooperación en ámbitos industriales, tecnológicos y de defensa.

Las jornadas también dedicaron una atención especial a Iberoamérica, una región que durante años fue considerada periférica respecto a las grandes dinámicas de competencia internacional. Sin embargo, el creciente protagonismo de China, la renovada atención estratégica de Estados Unidos, la actividad de otros actores extrarregionales y la importancia de recursos críticos y mercados emergentes han modificado sustancialmente esta percepción. Iberoamérica aparece cada vez más integrada en las dinámicas globales de competición geopolítica, aunque mantiene características propias que condicionan su evolución y su posición en el sistema internacional.

De manera paralela, el análisis de los conflictos contemporáneos puso de manifiesto otra realidad fundamental: la creciente interconexión entre escenarios aparentemente separados. Ucrania, Oriente Medio, el Indopacífico, el Sahel o el Mar Rojo ya no pueden interpretarse como crisis independientes. Forman parte de una misma dinámica sistémica caracterizada por la competición entre modelos de poder, la revisión de equilibrios estratégicos establecidos y la búsqueda de nuevas posiciones de influencia por parte de actores estatales y no estatales. Esta interconexión obliga a abandonar enfoques excesivamente regionalizados y a adoptar perspectivas más amplias e integradoras.

En última instancia, una de las cuestiones más relevantes abordadas durante las jornadas fue la progresiva erosión de determinados mecanismos de gobernanza internacional surgidos tras la Segunda Guerra Mundial. El cuestionamiento de normas, instituciones y consensos que durante décadas contribuyeron a estabilizar el sistema internacional plantea interrogantes funda-

mentales sobre la capacidad de la comunidad internacional para gestionar la creciente complejidad del entorno estratégico. No se trata necesariamente de la desaparición del orden internacional existente, sino de su transformación y adaptación a nuevas realidades de poder.

Ante este panorama, España afronta desafíos y oportunidades singulares. Su posición geográfica, su pertenencia a la Unión Europea y a la OTAN, sus vínculos históricos con Iberoamérica, su proyección mediterránea y atlántica y su creciente relevancia energética le otorgan una posición particularmente significativa para comprender muchas de las dinámicas analizadas en estas jornadas. Sin embargo, esa posición también exige desarrollar una cultura estratégica sólida, capaz de anticipar tendencias, identificar riesgos y contribuir al diseño de respuestas eficaces.

Quizá esta sea la principal enseñanza que puede extraerse de las II Jornadas Geopolíticas del Instituto Español de Estudios Estratégicos. En un mundo caracterizado por la incertidumbre, la aceleración tecnológica y la creciente complejidad de los desafíos globales, el análisis estratégico adquiere una importancia creciente. Las sociedades democráticas necesitan espacios de reflexión rigurosa, debate informado y pensamiento crítico. Necesitan instituciones capaces de conectar el conocimiento académico, la experiencia profesional y la toma de decisiones públicas. Necesitan, en definitiva, comunidades de pensamiento estratégico que contribuyan a interpretar un mundo cada vez más difícil de comprender.

Las reflexiones recogidas en este volumen constituyen una aportación a ese esfuerzo colectivo. No ofrecen respuestas definitivas ni pretenden cerrar debates necesariamente abiertos. Aspiran, más modestamente, a contribuir a la comprensión de un tiempo de transición en el que la geopolítica ha recuperado plenamente su protagonismo. Comprender esa realidad constituye el primer paso para afrontar con éxito los desafíos que plantea el siglo XXI.

Madrid, junio de 2026